

se secan en las ojeras, sino que penetran y limpian las entrañas del pueblo que tú soñaste, tan limpio como tu espíritu.

Dentro de poco, embalsamado, rígido, ya sin aquellos ojos que se ahondaban en el dolor del mundo, ya sin aquella lengua que lamía los huesos de nuestro pueblo, llegarás a la patria, y de las miserias de la carne se levantará tu voz de poeta para decir a todos los hijos de nuestra conmovida Venezuela, lo que dijiste a los hijos de tu propia sangre, que la patria se da

... Sin dolor de palabra,  
como se dan las patrias, sin mojar las ojeras,  
como se da la noche, sin cortarle la estrella,

como se da la tierra, sin cortarle los árboles,  
como se dan los árboles, sin cortarles la tierra.

Te escucharán tu pueblo y todos los pueblos, porque tu palabra, Andrés Eloy Blanco, penetra más allá de la palabra. Y porque naciste "en la pura tierra de Venezuela", amando "a Bolívar como a la vida misma y al pueblo de Bolívar como a la vida entera y a Venezuela, inalcanzable y pura", no serás tú quien le diga a la patria, sino la patria la que te diga a tí: "Bendito seas".

México, D. F.  
Jueves 16 de Junio de 1955.

## Andrés Eloy Blanco

Por L. E. Nieto Caballero

(En *El Tiempo*. Bogotá. 27 Mayo, 1955)

Irás a dormir al fin en su tierra venezolana, la tierra que tanto amó, como acaba de decir en México la que fue su compañera admirable, la madre de aquellos dos hijos a quienes había dedicado hace pocos meses uno de los poemas más hermosos, más enternecedores, más hondos, más entrañablemente líricos, que se hayan escrito en lengua castellana.

Recuerdo la frase de Napoleón, que aprenden de memoria cuantos visitan su tumba, donde en letras de oro está grabada: "Quiero que mis cenizas reposen en las orillas del Sena, en medio de ese pueblo francés que tanto he amado". Eso decía el nacido en Córcega. Qué no hubiera dicho el nacido en Venezuela de su Venezuela, tan ardorosamente patriota y tan poeta!

Se piensa en el horror de los destierros, en esa pena máxima de obligar a abandonar la patria, que no debería existir en ninguna legislación del mundo. ¿Cómo es posible que alguien nos expulse de nuestra propia casa y nos obligue a ir a buscar un pan difícil en una tierra que, por noble y hospitalaria que sea, como México es, no es la nuestra?

Andrés Eloy Blanco regresa a Venezuela. Pero regresa con los ojos cerrados, inmóvil el corazón, apagada la inspiración, cegada la inteligencia. No importa, sin embargo! Sus huesos se estremecerán cuando el sol caiga sobre el ataúd después de haber puesto sus pinceles en el Ávila y su espíritu vendrá para asistir al desfile cuando, envuelto en la bandera, pase por las calles que un día recorriera triunfalmente, aclamado por las multitudes que sabían de sus cantos y por los hombres libres que supieron de sus hazañas democráticas.

La conmoción que sentí con la noticia de su muerte trágica, me hizo evocar tres momentos. El primero fue cuando nació nuestra amistad, con la de Pedro Sotillo, Tito Salas, Uslar Pietri, compañeros del presidente general Medina Angarita, en la inolvidable visita que le hizo a Colombia cuando la gobernaba el doctor Alfonso López. El segundo fue en Lima.

Andábamos juntos, en todas las fiestas

y celebraciones, venezolanos y colombianos. Un día en que Uslar Pietri habló maravillosamente ante el sepulcro de don Simón Rodríguez, maestro del Libertador, cuyos restos fueron trasladados algún tiempo después a Caracas, fuimos llevados ante un monumento, que en este momento no puedo precisar cuál era, donde leyó un magnífico discurso Gonzalo Restrepo, embajador de Colombia.

El general Medina Angarita le hizo una señal a Andrés Eloy Blanco para que hablara en seguida. Sorprendida por el auditorio, se oyó una aclamación, y el

## Al poeta de Giraluna

(En *Rep. Amer.*)

Gloria de Andrés Eloy Blanco  
—un Bolívar de perfil—,  
que ayuda a pasar las Mil  
Noches y una Noche en blanco.  
El verso salta el barranco  
de una aurora en otra aurora,  
y al amanecer ya es hora  
de oír de nuevo el profundo  
himno con que ofrece al mundo  
su promesa bienhechora.

Pues qué promete el poeta?  
Nos dice el amor y el mar,  
la tierra y el cielo al par,  
la esposa, la prole inquieta,  
la madre inmóvil. Secretamente nos dice al oído que no hay empeño perdido en el empeño del bien y el triunfo será de quien convierta en canto el gemido.

Lejos del suelo natal,  
toda la familia humana  
es suya, porque la hermana  
en una nobleza igual:  
leño que huye el temporal  
arimándose al convoy.  
Y yo a confesarle voy  
que envidio hasta sus dolores,  
porque los vuelca en fulgores  
la gloria de Andrés Eloy.

Alfonso Reyes.

México, Navidad de 1954.

poeta subió a la tribuna. Hizo una improvisación de catarata, iridescente y sonora, una evocación fastuosa del Libertador y un elogio de su pueblo en los días de la independencia, cuando, según su decir, en cada esquina iba apareciendo un Bolívar chiquito que se dirigía a la plaza, que una vez colmada por todos ellos fue la llamarada que iluminó, después de determinarla el genio, la libertad de las que llegaron a ser cinco repúblicas.

La elocuencia de Andrés Eloy Blanco pasó todos los límites. Todos, al contemplar ese desfile de imágenes y al escuchar esas sentencias que ardían ante la libertad como antorchas, nos sentíamos electrizados. De los veinte o treinta discursos que en el curso de una semana oímos, fue incomparablemente el mejor. Los amigos no pudimos expresar nuestra emoción sino con un abrazo como de serpiente.

El tercer momento, nueve años después, fue en México. Yo había sido invitado al Congreso de Académicos y me hallaba en el Hotel del Prado. Al entrar un domingo con algunos amigos al Bar, ví que detrás de una mesa se levantaba un caballero que con efusión decía mi nombre. Casi no lo reconocí. Pero en el mismo instante uno de mis compañeros lo saludó nombrándolo y entonces nos estrechamos en un abrazo íntimo.

Sentados en torno de una mesa, mientras servían los cocktails, después de cien preguntas le dije si no había reconstruido el discurso de Lima, cuyo recuerdo me acompañaba como algo de lo más extraordinario que había escuchado en todas mis peregrinaciones. "Me ha sido imposible, contestó. Hasta me había hecho la ilusión, tan pronto como lo ví a usted, de que me lo recordara. Fue una cosa rara, algo como no me había ocurrido antes ni me ha vuelto a ocurrir después. Realmente fue un momento de magia. No sé de dónde me vino la inspiración, pero sin jactancia alguna reconozco que estuve verdaderamente inspirado".

Esas bellezas orales se perdieron. Apenas le mencioné a los Bolívares chiquitos, como si un espejo se hubiera roto en mil pedazos, en cada uno de los cuales apareciera la figura del héroe. Era tan gran poeta, era tan gran patriota, y era tan gran devoto del Libertador, ese hombre pequeño y afable que había hecho del nombre de Andrés Eloy Blanco un pasaporte de la inteligencia en el mundo americano, que no era para sorprender el que poderes absontos se valieran de él para decir desde la eternidad las palabras fastuosas que escuchamos en Lima.

Ahora estaba en México soñando con su patria, recordando las horas augurales en que un gran triunfo político, alcanzado en las primeras elecciones dignas del nombre que se había celebrado en su patria, lo habían llevado a la dirección de las Relaciones Internacionales. Era presidente de la república Rómulo Gallegos, el primer novelista de Venezuela en toda su historia y un hombre puro y republicano. Andrés Eloy Blanco soñaba con la redención y veía a la tierra del Libertador a la cabeza de la democracia en América.